

# *Así es el juego*

*Cuentos reunidos*

**ESMERALDA BERBEL**



PRÓLOGO DE ROSA REGÀS

*C*

Editorial Comba





Diez años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2024

Colección Narrativa

# *Así es el juego*

*Cuentos reunidos*

ESMERALDA BERBEL

PRÓLOGO DE ROSA REGÀS

*C*

Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Fotografía de Arale Reartes, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Esmeralda Berbel, 2001, 2024

© del prólogo: Rosa Regàs, 2001

© Editorial Comba, 2024

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-2-9

DL: B-2.191-2024

# Índice

Nota del editor	7
Prólogo de Rosa Regàs	9
Así es el juego	13
El desconocido	15
La línea	25
Periferia	29
No te vayas así, mi amor	35
El sur	45
En la pared blanca	51
Mi hermana y yo	55
Ópalo abierto	63
Te mato	69
Dentro	73
Nueve de la noche	77
Ángela	81
Empieza a llover	87
Elisa y yo	93
Andrés	97

Nuestras cosas	103
La herida en las corvas	111
El hombre que pagaba noches enteras	119
No me dijo	121
La maestra	127
La mujer gorda	135
Lucas	145
Última imagen	171
La noche	177
La edad del ocre	183
Albahaca	199
Jesusa	245
El hombre que pagaba noches enteras	255
Dormir y despertar	265
Zulú	275
El ángulo de las sombras	285
Usted	319

## Nota del editor

Bajo el título *Así es el juego* se reúnen los cuentos nuevos de Esmeralda Berbel y los que publicara en 2001 en el libro *El hombre que pagaba noches enteras*. Incluía aquella edición el prólogo de Rosa Regàs que precede igual el presente volumen. Supo captar Regàs no sólo la voluntad de los catorce cuentos entonces reunidos, sino también la mirada y el aliento literarios de Berbel, hoy renovados, con una madurez y tiempo de vida que se perciben entre líneas pero que, al fin y al cabo, obedecen a unas mismas fijaciones y a una forma de entender la naturaleza humana, y en particular femenina, de la que Regàs acertó a extraer su esencia. Se hacía eco de la capacidad sugestiva de la autora, del peso de las ausencias y de los sentimientos escondidos de los personajes, características que no sentimos ajenas a los cuentos nuevos de Berbel, sino que, muy al contrario, siguen iluminando la mirada poética y profunda de la autora barcelonesa. Recomendamos por tanto la lectura del prólogo antes de adentrarse en estos «deliciosos cuentos».



## Prólogo

ROSA REGÀS

En esta colección de cuentos, Esmeralda Berbel se adentra en los secretos del alma de quien, por decirlo así, está permanentemente enamorado. Un enamoramiento que es sobre todo una actitud general del individuo más que el sentimiento tópico dirigido a otro. Sea ella misma la narradora, o lo sea otra voz, el amor aparece y desaparece como una mirada incapaz de detenerse, junto con el pensamiento que no cesa, la comparación, la investigación de lo que a simple vista es mera evidencia que nos descubre matices de sentimientos escondidos bajo la máscara soñolienta y rutinaria de la cotidianidad. No es, por supuesto, investigación científica, ni siquiera cuando parte de la experiencia y acaba contándonos aspectos desconocidos de la realidad. El conocimiento al que llegamos con esos deliciosos cuentos es un conocimiento poético, que se extrae, mejor dicho, que florece con la mirada obsesiva de quien sabe que hay amor en cada esquina, en cada recoveco de un cuerpo capaz de ser amado, en

las palabras no dichas y en las dichas, en las voces del mar y de los vientos, con tal de que seamos nosotros quienes lo llevemos en el corazón. La realidad que se investiga es aquella que fisga el ojo del poeta o del amor, una realidad tan abrupta como la cara visible de la luna, donde la vista recorre los promontorios tras los cuales se extiende lo desconocido, lo misterioso, lo imprevisto, o se entretiene en aquellas sombras que ocultan los agujeros negros de la ausencia.

La ausencia, tal vez el ausente, son protagonistas sin serlo de esos relatos. No se habla de ellos, no se los nombra. A veces ni siquiera aparecen en el horizonte de la historia, pero aunque suene a contradicción la ausencia está siempre presente: ahí está, visible por el sufrimiento que provoca la ausencia del amado, pero también una ausencia abstracta y dolorosa que las más de las veces ni siquiera sabe lo que echa de menos con tanta pasión y con tanta inquietud, y sólo es posible intuirlo por el estado de ánimo de un personaje, por la expresión de una carencia, por una obsesión que llena la vida entera y se asoma a la muerte. Tal es el caso de uno de los cuentos más bellos, *La mujer gorda*, que, obsesionada con el surgir, el devenir de sus pensamientos, sopesándolos, entrelazándolos, desmigajándolos, desaparecerá sin haber dado cuerpo a su nostalgia, sin haber adivinado qué ausencia la tortura ni haber tenido más prueba de su existencia que el constante y callado conflicto con la realidad, el cruento devenir de un tiempo incapaz de aportarle consuelo ni esperanza en uno de tantos agujeros negros de este libro y de

nuestro firmamento, visibles sólo por las reacciones que provocan en lo que constituye su entorno.

Tal vez lo más impresionante de esta prosa sea la capacidad de la autora de decir lo que no dice, es decir, de sugerir, de que sus palabras, palabras muchas veces arrancadas de una concepción poética del mundo y del amor, sean la parte visible de un discurso que se esconde en sus entrañas. Una prosa poética, pues, un lenguaje metafórico hecho de sugerencias no tanto por la economía en la expresión como por el deseo de Esmeralda de hacerle un hueco al lector para que sea también él el que fabule con ella y alcanzar la verdadera complicidad literaria, el objeto máximo del artista.

El talento de Esmeralda se manifiesta en este libro con la frescura, el erotismo y la profundidad de la inocencia, pero también con un insólito sentido de la oportunidad literaria, del saber decir y esconder, insinuar y emocionar, y contar la historia que en algunos relatos delata la maestría de jugar con los sentimientos y las emociones transformándolos en palabras precisas con extrema facilidad. Una maestría visible en el amplio espectro de matices, de disfraces casi, que la autora se saca de la manga como un mago, como si quisiera decimos que toda realidad es cambiante y tiene mil caras, como un poliedro de cristal cuyos destellos no son sino engaños de los sentidos que esconden, entre todos, el verdadero corazón del amor y del dolor.

Es evidente que este libro de relatos lleva en sí el germen de un largo camino de esfuerzo y atención que a la fuerza habrá de convertirse en un bagaje de

sabiduría literaria a poco que la autora sepa ser fiel a estas primeras palabras. ¿Escenarios exóticos? ¿Fábulas morales? ¿Escenas de la vida cotidiana? Sí, todo esto hay en esos cuentos. Pero lo realmente inquietante no son ni los escenarios, ni las historias, sino ese indagar en la piel y en la cercanía de unos personajes que nada serían si alguna vez no se hubiera detenido en ellos la mirada benevolente, incisiva, creadora, la mirada siempre obsesiva y tierna de la autora.

**Así es el juego**



## El desconocido

Nadie en su sano juicio podría dudar de Jack, dice. Yo asiento y llevo el plato de cocido a la mesa. Nadie, repite. ¿Me has oído, niña? He nacido junto a la voz de mi madre nombrando esas cuatro letras, ese nombre incomún. He nacido junto a las fábricas y su indomable ruido. Dice que vivió con nosotras y que luego tuvo que irse, como todos. Y ahora llega de un largo viaje. Un largo viaje como un tornado. Eso lo dirá más tarde, cuando mire por segunda vez sus ojos. Dejo el cocido en el centro de la mesa y miro las manos blancas y finas de Jack. Escondo las mías y grabo su primera pregunta: ¿Me recuerdas? Le miro. Él sabe que no.

En mis rodillas reposa el delantal y un puñado de estrellas. Éste es mi cielo. Debajo están mis pies, quietos, y debajo las rojas baldosas de mi casa. Cuéntanos, Jack, dice mi madre. Cuéntanos de esos lugares donde has estado. Le miro. Dice: Ha sido un largo viaje, un largo viaje como un tornado. Me levanto despacio y en silencio

recojo los platos y la olla del cocido. Has crecido mucho, dice cuando voy hacia la cocina. No me vuelvo. Lo dejo todo en la pica llena de agua con jabón y regreso con la fruta. Coge una manzana y acerca el cuchillo. Están lavadas, le digo. Me mira, sonrío y empieza a pelar. La piel entera en el plato, un remolino rojo. Mi madre le imita. Yo muerdo la piel, la carne y el minúsculo huesecillo de la fruta. El centro lleno de mis dientes, el de Jack y mi madre a cuchillo. Trae el plato de queso y las almendras, dice mamá. Me levanto despacio y en silencio recojo todo lo que sobra. Has crecido mucho, repite. No me vuelvo. Miro por la ventana de la cocina. También los almendros han crecido y el campo y las estrellas que junto a los cuadros de mi delantal rompen la monotonía de la tela. También las cosas y el invierno de las cosas han crecido. No quiero volver a la mesa, pero nadie en su sano juicio tendría la osadía de no volver. Cojo un puñado de almendras y un trozo de queso. Jack lo huele. Es el queso que recogimos esta mañana de la casa del cabrero, el hombre que vive aquí al lado, le digo. Lo sé, dice. Y las almendras son nuestras. Hace un gesto. También lo sabe. ¿Quieres café, Jack? Ve a hacer café, Andrea. Hago café y llevo tres tazas, tres platos y tres cucharas a la mesa. Vuelvo a por el azucarero. Jack, cuéntanos más cosas, Andrea y yo estamos impacientes, ¿verdad? Habrá más días, mamá, acaba de llegar.

No lo he visto nunca, no tengo ningún recuerdo, ninguna carta, ninguna voz. Lo que ella guarda y dice que relee por las noches yo no lo sé. No me lo ha enseñado nunca y yo no he ido nunca a mirar bajo el jergón cómo

son esas cartas, ni de dónde vienen, ni si su letra es clara e inclinada como era la letra de mi padre o si es como la mía, pequeña y con las des y las eles como un tallo que sobresale de las letras más menguadas, no he mirado nunca si la verdad está ahí, si la invención es suya, mía, o de él. Nadie, repite cuando estamos solas, nadie en su sano juicio podría dudar de Jack. Esa condición infinita del verbo. Nadie y nada. Un raíl de sustantivos.

Puedes verlas, me dirá por la noche, están ahí. Pero ahora estamos aquí, en la mesa, frente a Jack ¿Un licor, Jack? No quiere, me mira y levanta el brazo como si quisiera ayudarme con las tazas y casi me roza, he sido más hábil, he llevado las tazas hacia mí con rapidez, hacia mí y hacia mi delantal de cuadros. Nos miramos. Ya está todo servido. Voy a salir, no tardaré en volver. Y salgo sin que a mi madre le dé tiempo a decir nada. Salgo de casa, miro los almendros y el relieve de las fábricas, golpeo dos veces con los nudillos una puerta de madera. Entro.

Ha venido.

Ah, entonces existe.

Existe.

Pasa.

¿Y cómo es?

No lo sé.

Vuelvo a casa cuando el cielo quita la luz al campo. Por entre las ranuras que deja el sembrado cuento los pasos. Aún las manos de mi amigo cerca de mí, aún la piel despojada de la ropa, alguna estrella dentro de su casa, menos cuadros, pienso, más cielo en la tela.

No debías haberte ido, así nunca lo vas a conocer a tu hermano. Hay tiempo ¿no? ¿O es que se va a ir ya? No debías haberte ido. Me ha contado cosas. ¿Qué cosas? Nos va a ayudar con las cuentas. ¿Qué cuentas, mamá? ¡Las cuentas, qué cuentas van a ser! ¿O es que crees que nosotras podemos con todo? ¿Cuándo hemos podido tú y yo con todo? Juan lleva bien nuestras cuentas, no necesitamos a nadie más. Siempre es mejor alguien de la familia, Andrea. Alguien de la familia no te va a dejar nunca sola. Ya lo hemos hablado, Jack nos llevará las cuentas.

Desde este lado de la cocina hasta el final, hasta llegar al río, hasta después de las fábricas, todo el campo que se ve es nuestro. También otro campo que hay más allá en un pueblo al que nunca vamos. Desde siempre se ha ocupado Juan, el padre de mi amigo. Es él quien paga a los labriegos, quien trae la tierra, las semillas, es él quien llega aquí, de la casa de al lado y nos enseña las cuentas, es Juan, el hombre que conozco desde que era niña, el amigo de mi padre, el padre de mi amigo al que también conozco desde que era niña.

Jack está sentado junto a la ventana del comedor. Fuma. Me siento a su lado: ¿Dónde has estado todo este tiempo? Me mira. Tenías que haberte quedado después de comer. ¿Por qué? He estado en Francia, dice. Un día te llevaré. Iremos todos, dice mamá desde la cocina. Bajo la voz: He oído hablar de Francia muchas veces, basta preguntar a los labriegos de aquí para saber que eso no es otro país, que nada es otro país porque todo es sólo un poco más lejos. Tampoco el campo de al lado,

el que sale del lindero y de los relieves de las fábricas, es otro país; es la misma tierra aunque cada uno la divida y no eres el único que ha estado en Francia. No, claro que no. Somos muchos. Lo dice y acerca su mano y yo retrocedo y la retiro hacia mi cuerpo, he sido más hábil.

Apaga su cigarrillo: voy a salir, quiero ir a ver a mis amigos, hace mucho que no los veo. Claro, dice mamá acercándose, es normal que quieras ir a encontrarte con ellos. A ver si te reconocen. ¡Andrea, cómo no lo van a reconocer! Me mira y sonrío y retrocedo. ¿Vendrás a cenar, Jack? Sí. Y besa las rosadas mejillas de mi madre.

Cenamos solas. Me enseña el anillo que le ha traído de Francia. Mira, por todos los lados se ve la piedra. Una piedra francesa, dice. A ti también te ha traído algo, dice que te lo dará después, cuando estés menos arisca.

Entro en mi cama, la que está en este cielo, a dos brazos del tejado. Oigo trajinar a mi madre en la cocina y me levanto de un salto, voy al jergón y abro la ranura y busco, busco las cartas, los sobres. Ahí están. Existen. Miro la letra, el remite, la fecha, la firma. Los dejo donde están. No me duermo como siempre, doy vueltas, estoy atenta a ver si llega. Y caigo en un sueño profundo. Me despierto muy temprano para ir a trabajar, paso a buscar a la hija del cabrero y a mis otras dos amigas, vamos hasta la fábrica. No he visto a Jack.

Ha venido.

Entonces existe, dicen.

Sí.

¿Cómo es?

Francés, es francés.

Jack no es un nombre francés, Andrea.  
Entonces es un desconocido.

Regreso a casa. Huelo el jabón, la brocha, el color de la brocha, el peine. Busco algo más. Le busco. Ahí está, frente a la ventana. Fuma. Se lo digo: ¿Qué más cosas has traído, de dónde eres, cómo te llamas? Jack. Se ríe. Hace un gesto, soy más hábil, retrocedo. ¿Cómo te llamas? Repito antes de que el amor de mi madre nos encuentre. Me llamo Jack y soy de aquí, de aquí. Ha pasado mucho tiempo pero podrías recordarme, yo me acuerdo.

¿De qué te acuerdas?

De nosotros.

No te he visto nunca.

Desinclina la cabeza, su cabeza de pelo francés, liso, brilla hasta aquí, donde la luz no llega nunca. Guardo mis manos cuando él acerca las suyas. Nadie se llama Jack aquí, eres un completo desconocido, lo sabes. Pero el amor de mi madre ya nos ha encontrado y llega con la piedra de su anillo que es oro rojo por todas partes y nos busca y dice: Hoy sí, hoy sí que iremos a ver a los tíos, los tíos tienen que ver a Jack, ¿verdad? Claro, mamá, dice avanzando hacia el cuerpo de mi madre. Aquí, me dice a mitad de camino, aquí es donde te enseñé a tirar las piedras planas, tres rebotes en el agua, tú las tirabas todas hacia dentro, tenías dos o tres años, ¿¡Ah sí?! Sí ¿No te acuerdas? ¡Claro que se acuerda! Dice mi madre antes de que yo abra la boca. ¡Claro que sí, aunque... era tan pequeña!

Mis tíos lo acogen como el hombre que vuelve de un viaje como un tornado. Beben. Yo miro los ojos que nunca han estado aquí. Mis tíos escuchan la historia de la frontera y asienten. Ha pasado mucho tiempo pero está todo aquí, dice mi tío poniendo su mano en la parte izquierda de su pecho. ¡Al fin has vuelto! Y ahora ya no tiene por qué irse, ya pasó todo, dice mi otro tío. Me voy a quedar. Y miro a mi madre que sonrío. Se va a quedar, dice mirándolos a todos.

Es posible que mi madre merezca esta historia así, que yo también la merezca así y que quizá también él. Nadie en su sano juicio dudaría de que al fin ha vuelto. Se llama Jack, qué más da, Andrea. ¡Yo qué sé, yo no pregunto tanto! Y lo dice haciendo volandas con las manos, con el brillo anular que resplandece toda la casa.

Por la noche me escapo. Me escapo muchas veces, pero hoy me escapo dos veces de dos sitios. Me desprendo de la ropa y sin decir ni una sola palabra avanzo hasta el cuerpo del hombre que conozco desde niña. Y así tan cerca, mi amigo dice: Hay muchas cosas, Andrea, que uno guarda para sí durante mucho tiempo. Ya lo sé. A lo mejor no te acuerdas porque eras tan pequeña. No lo he visto nunca. Pero están las cartas, ¿no? Sí. ¿Entonces? No lo sé, no lo sé, digo guardando mis manos entre las piernas. No lo sé, repito.

Me levanto muy temprano y voy a buscar a mis amigas. Todo el pueblo se ha enterado de que en mi casa hay un forastero. Nosotras no hablamos mucho porque estamos un poco dormidas y porque somos un poco así por la mañana, pero sé que cada una lleva en

sí una nueva pregunta. Y antes de entrar en la fábrica, Carmen dice: No lo quieres en tu casa, ¿no? Así, no. ¿Así cómo? Así, no. ¿Cómo así? Como un desconocido, dice Julia, nadie quiere en su casa a un desconocido. Yo sí, yo lo querría, dice Ana, es tu hermano y sólo por eso podrías quererlo y además ha venido, ¿no?, está aquí. ¡Ha llegado! Llegar a un sitio no es suficiente, mira los árboles, han llegado, ¿los quieres por eso o los quieres porque son árboles? Los quiero por las dos cosas.

Entramos en la fábrica. El ruido, insondable, inabarcable, indómito, nos tapa los pies y la línea de memoria y, también, la línea de las piedras. Estoy sola en el río. No tengo ningún hermano. Todo el mundo tiene cartas bajo el jergón y la letra clara e inclinada es común entre las gentes. Cualquiera puede confundir el tiempo, el país y la historia. Y es así como vuelvo a mi casa, viendo la voz cada vez más dulce de mi madre, mi madre que trajina con la cena, y yo con mi voz cada vez más horizontal me acerco a la ventana y le pido un cigarrillo a Jack. Un Gitane. En cuanto me lo tiende mi madre me pica en las manos. ¡¿Qué haces?! ¿Es una broma esto?, ¿Es una broma? Recuerdo que en la escuela, cuando redactaba, tenía que dar el original al maestro y yo, como todos, me quedaba una copia. Las mismas palabras dos veces. Un poco peor el calco. No es una broma, digo. ¿Es una broma, Jack? Él sonríe y hace un gesto con la mano. Fumo con Jack ante la perplejidad de mi madre y ante esa perplejidad le pido que nos deje un momento a solas. ¿Por qué? Sólo un momento. Mira a su hijo que asiente. Vuelve a trajinar en la cocina. Miro a Jack. No me trago

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*

15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*

30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*
38. Rosario Izquierdo  
*Lejana y rosa*
39. Flavia Company  
*Dame placer*
40. Esmeralda Berbel  
*Habitarlo todo seguido de Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González  
*Un nublao de tiniebla y pedernal*
42. Flavia Company  
*La dimensión del deseo por metros cuadrados*
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,  
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel  
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista  
Durán

- De la solastalgia*  
*ocho relatos naturales*
44. Andrea Mayo  
*La planta carnívora*
45. Ricardo Martínez Llorca  
*El viento y la semilla*
46. Valentina Marchant  
*El reverso del agua*
47. Juan Manuel Zurita Soto  
*Arauco*
48. Osías Stutman  
*El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022*
49. Ana Santamaría  
*Libres*
50. Andrea Jeftanovic  
*Geografía de la lengua*
51. Juan Villa  
*Mal tiempo*
52. Flavia Company  
*Melalcor*
53. Ernesto Escobar Ulloa  
*Horizonte tardío*
54. Esmeralda berbel  
*Así es el juego*

En sus cuentos, tal como destaca Rosa Regàs en el prólogo, Esmeralda Berbel emplea «un lenguaje metafórico hecho de sugerencias, no tanto por la economía en la expresión como por el deseo de hacerle un hueco al lector»; delata en ellos «la maestría de jugar con los sentimientos y las emociones, transformándolos en palabras precisas; una maestría visible en el amplio espectro de matices, de disfraces casi, que la autora se saca de la manga como si quisiera decirnos que toda realidad es cambiante y tiene mil caras, como un poliedro de cristal, cuyos destellos no son sino engaños de los sentidos que esconden, entre todos, el verdadero corazón del amor y del dolor».



Diez años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2024